

ra estaban todos, cuando se presentó, lleno de agitacion y respirando con dificultad, Fernando.

Pablo, al verle, se estremeció de terror, juzgando muerto á Miguel.

El esposo de Luisa, sin cuidarse de nada y asiéndole del brazo, le llevó á un extremo del cuarto, le dijo algunas palabras al oido, y poco despues el indio, lleno de ansiedad y de inquietud, salia de la poblacion con direccion á México.

## CAPITULO XVI.

### Una picalugada.

Pocos dias despues de la entrevista de Rossi con el ministro de guerra, Facio, Picaluga recibió la carta de su digno pariente en que le ponía estas palabras: *hazlo*, con otras instrucciones convenidas entre los dos por determinadas señales, las cuales indicaban el sitio y la manera de cobrar la suma, que por premio á su infamia debian percibir una vez entregado el personaje que tantos beneficios habia dispensado á aquellos dos ingratos y pérfidos extranjeros.

Quien haya vivido en aquel país donde sus hijos son modelo de moderacion y de

dulzura; quien conozca la índole noble, afable y tierna de los mexicanos, no necesita preguntar, al escuchar un crimen de esta naturaleza, de qué país es quien lo ha cometido; porque el hecho les dice en el momento, que no ha nacido en el limpio cielo de México quien tan negro corazón abriga.

Y es tan cierto esto, que habiéndose cometido en aquel país, cuando aun pertenecía á España, el crimen mas horroroso, donde despues de asesinar á once personas dentro de una casa, mataron los malhechores por precaucion hasta el loro, exclamó el virey Revillagigedo: "No son mexicanos los que tal atrocidad han cometido;" y en efecto, trabajando la policía con un empeño que honra el gobierno de aquel virey, se descubrió que los culpables eran tres europeos, los cuales fueron conducidos al patíbulo á los quince dias.

Guerrero habia combatido por la causa de la independenciam con una constancia que le honraba; dotado de buen corazón, aunque de escaso talento, dócil hasta el extremo, y franco con sus amigos hasta la prodigali-

dad, nadie, ni sus mismos enemigos políticos le odiaban. Querian, sí, el triunfo del gobierno, pero no la desgracia del que habia vertido su sangre por las libertades patrias.

Era, pues, preciso, para desarmar á este hombre, que hubiera á su lado alguno que no fuese mexicano. Rossi y Picaluga, ambos sardos, se encargaron de desempeñar el negro y odioso destino de Júdas.

Muchos han tratado de criticar el gobierno de Bustamante solo porque accedió con la proposicion de Picaluga: pero esto, en mi juicio, no es justo.

La historia de los países mas civilizados y de los gobiernos mas laureados, está llena de estos hechos, sin que hasta ahora haya caído el vilipendio sobre los que se han aprovechado de la traicion, sino sobre los traidores.

Basta tener unas ligeras nociones de los acontecimientos históricos mas palpitantes para traer á la memoria ejemplos iguales, en que se ha puesto á precio la cabeza de

algun individuo para restaurar la paz, único bien á cuya benigna sombra prosperan las naciones.

Pero en favor de Bustamante milita aún otra razon mas poderosa. Picaluga no fué solicitado, sino que él propuso al gobierno la prision del general Guerrero: y el gobierno, apreciando la tracion y no al traidor, admitió la proposicion, sin otra mira entonces, que la de poner fin á una guerra larga y desastrosa.

Picaluga, seguro de que, con la amistad que le dispensaba Guerrero, no podia fallar el inicuo plan que habia trazado, se vistió lujosamente, y se presentó en su casa á hacerle una visita.

—¿Qué noticias hay, señor Picaluga?

Le preguntó Guerrero, tendiéndole la mano de amigo.

—Magníficas, mi general: nuestros amigos de México trabajan con buen éxito por el triunfo de nuestra causa, y pronto tendremos el gusto de volver á ver á vd. ocupando la silla presidencial usurpada por Bustamante.

—La presidencia es lo que menos codicio: antes por el contrario, conozco mi pequeñez para regir los destinos de la patria, y solo anhelo combatir por la libertad, para que otro, á quien la nacion juzgue digno de conducirla por la senda de la prosperidad, afiance las riendas del Estado. Pero ¿qué noticias son las que ha recibido vd?

—Me he propuesto sorprenderle á vd. con ellas en medio de un banquete que he preparado en mi buque, y al cual he venido expreso á convidar á vd. y á los jefes de su estimacion que quiera vd. llevar en su compañía.

—¿Y á qué hora ha dispuesto vd. que sea la comida?

—Dentro de una hora, si á vd. le parece conveniente.

—Dentro de una hora estaré á bordo.

—Gracias, mi general. Voy á disponer algunas cosas que me faltan.

—Muy bien.

—Adios, mi general.

—Adios, mi buen amigo.

Contestó Guerrero volviéndole á dar la mano, y acompañándole hasta la puerta.

—Este ya está seguro.

Dijo interiormente Picaluga, y se dirigió á su buque.

Era éste un bergantín ligero y de elegante corte, en cuya proa se veía pintado á Neptuno, hiriendo los mares con su poderoso tridente.

El velámen y cordaje de la embarcacion eran nuevos, así como la pintura de su sólida obra muerta.

La cubierta amarillaba como el oro por el baldeo con que el contra maestre entretenia á los marineros por la mañana, al medio dia, y á la caída del sol, para tener la flotante casa limpia y aseada como un espejo.

El interior correspondia en un todo al exterior. La cámara del capitán era bastante cómoda, y estaba pintada con delicado gusto: seis cuartos, colocados simétricamente, con puertas de vistosas persianas, estaban destinadas á los pasajeros de popa: en cada uno de estos cuartos habia dos literas de bejuco, una encima de la otra, pe-

ro guardando una regular distancia para que la cabeza del que dormia en la de abajo, no tropezase con la litera del de arriba.

Ademas, en cada uno de estos aposentos, aunque estrechos, habia un espejo, y debajo del él una mesita provista de una aljofaina, una jarra, toalla y jabon de olor para lavarse.

En medio de la cámara estaba una mesa de caoba afirmada al suelo para asegurarla de los balances, y alrededor, asientos de bejuco, afianzados á la vez á la mesa.

Encima de ésta, y colgado del techo, estaba el aparador cubierto de botellas, vasos y copas que guardaba continuamente el mismo movimiento que el buque.

Un excelente barómetro, ocupaba el sitio junto al tragaluz, marcando con una exactitud maravillosa los próximos cambios del tiempo.

La escalera para subir y bajar de cubierta, era bastante ancha, y estaba adornada de un pasamanos de laton, que brillaba como el metal de mas precio.

Varios instrumentos astronómicos como

el octante, que sirve para tomar la altura del sol, y el sextante, se veian colocados con órden en los sitios mas convenientes.

La tripulacion se componia de italianos, excepto un tal Martinez, que era mexicano y excelente marinero, nacido en el mismo Acapulco.

La mesa estaba en aquel momento dispuesta lujosamente como para un gran convite.

—Muy ocupado anda hoy nuestro capitán Picaluga:—dijo el marinero Martinez á otro compañero llamado Gioberti:—no parece sino que se prepara á recibir á un príncipe. Mirad la mesa que han preparado en la cámara: los mejores vinos; los pescados mas exquisitos, las frutas mas delicadas....

—Pues ¿qué, te parece—contestó el italiano—que no lo merece la persona que va á venir?

—¿Luego va á venir otra persona?

—Sin duda.

—¿Macho ó hembra?

—Del sexo feo.

—¿Y tantos preparativos para un hombre?

—Es que ese hombre le ha hecho á nuestro capitán, muchos y distinguidos favores.

—¿Y de cuándo acá se ha vuelto el señor Picaluga agradecido? Si tal virtud ha tenido el capricho de entrar en su corazón, digo que espero en el arrepentimiento de los jugadores.

—¿Tan ingrato lo juzgais?

—Mas ingrato que el buen viento que, cuanto mas le llamamos, mas huye de nosotros.

—Pues lo que hace hoy, te desmiente completamente.

—¿Dices que es persona á quien debe favores á la que se propone obsequiar?

—Sin duda.

—Pues entonces desconfio de este convite.

—¿Cómo!

—Estoy seguro de que se propone sacar algo de provecho del individuo á quien convida.

—Eso puede ser muy bien, puesto que lo ha sabido sacar otras veces, aunque ahora

es ya muy difícil, si es cierto, como dicen, que su causa está al espirar.

—¿Su causa! ¿Pues quién es por fin, la persona convidada?

—El general Guerrero.

—¿El general Guerrero!

Dijo con asombro mezclado de pesar el marinero Martinez.

—¿De qué te sorprendes?

—Me sorprende de.... En fin, de nada: yo quiero á ese hombre, porque ha combatido por la independencia de nuestra patria, y siento que venga á nuestro buque.

—¿Pero.... por qué?

—Porque....

Y Martinez no se atrevió á manifestar sus temores, y quedó pensativo.

—¡Vaya, que haces misterios de un convite que nada tiene de particular!

Dijo riéndose á carcajadas Gioberti, que, como todos, ignoraba verdaderamente las siniestras miras que abrigaba el capitán.

—No lo tendria en el señor Picaluga, si Guerrero llevara la mejor parte en la revo-

lucion; pero cuando está reducido únicamente al rincón de Acapulco.... ¡Hum!

Y Martinez hizo un gesto de desaprobación.

—¿Es decir que sospechas algo de nuestro capitán?

—Sí.

—Pero ¿qué?

—No lo sé, pero temo algo. ¿No adviertes el favorable viento que sopla para hacernos á la mar.

—Sí, pero ¿qué?

—¿No ves que el barco está vestido con todas sus velas, aunque se encuentran rizadas?

—Es verdad, pero ¿qué?

—¿Y no has notado en todo lo que hemos hecho hoy, algo que desdice de un buque que piensa permanecer en el puerto?

—Seguramente, sino que aunque lo he extrañado, he dicho para mí, ¿qué me importa? donde manda capitán, no gobierna marinero.

—Igual cosa dije yo entonces, pero aho-

ra que sé que va á venir el general Guerrero, ahora no puedo decir lo mismo.

—Pues yo ahora, lo mismo que entonces, no hago caso de semejantes frioleras.

—¡Ah!.... si fueras mexicano y temieses una asechanza contra un hombre que te ha dado patria, entonces tomarías parte como yo tomo.

—Pero ¿qué es lo que temes?.... vamos á ver....

—Nada; mis temores se los comunicaré al mismo general Guerrero: sí, se los comunicaré tan pronto como con un pretexto logre que me dejen saltar á tierra.

Gioberti iba á tratar de visionario á su compañero; pero la presencia de Picaluga que llegaba de la ciudad en aquel instante, puso fin al diálogo.

No bien saltó á cubierta, llamó al contra-maestre, y despues de darle algunas órdenes en voz baja, añadió en tono mas alto.

—Elija vd. los marineros mas aptos; dígales vd. que se pongan la mejor ropa que tengan, y despues de advertirles la manera conque han de servir la mesa, se queda vd.

al cuidado de avisarme cuando llegue el general Guerrero.

—Está muy bien, mi capitán.

Y el contra-maestre se acercó á tres marineros, que bajaron á sus camarotes de proa á mudarse inmediatamente.

Durante este tiempo, Martinez, dominado por una idea, meditó el medio mas á propósito para salvar al general Guerrero, del peligro que en su concepto le amenazaba, y notando que el capitán se dirijia hácia la cámara, se acercó á él diciendo.

—¿Me permite vd., señor capitán, que vaya á tierra?

—¿A tierra? ¿y para qué?

—Tengo á mi madre bastante enferma, y quisiera marchar un instante á verla.

Picaluga, que no podia figurarse ni remotamente, que aquel marinero sospechase de sus proyectos, le contestó.

—Bien; puede vd. marchar, pero á condicion de que su ausencia no ha de pasar de media hora.

Martinez, en cuyo pecho no cabia el gozo, dió las gracias á Picaluga, y mientras

éste bajaba á su cámara saboreando la idea de la prision de Guerrero, el otro marchaba á su camarote á ponerse algo mas limpio, pensando en que iba á salvar á uno de los héroes de la Independencia.

—¿A dónde vas?

Le preguntó Gioberti, que notó la alegría que se marcaba en aquel rostro tostado por el sol, pero que revelaba nobleza de sentimientos.

—Voy á mudarme de camisa, para saltar á tierra.

Contestó Martínez sin detenerse, y entrando á su camarote.

—¿Si habrá algo en realidad....?—dijo para sí Gioberti—este mexicano es muy reservado.... No, pues yo he de indagar de alguna manera lo que hay aquí.

Y se quedó meditando lo que debia hacer para salir de su curiosidad.

Picaluga entretanto, al verse en su cámara, en la cual, como hemos dicho, estaba preparada la mesa, miró en todos los cuartos para ver si habia alguno, y cerciorado de que estaba solo, sacó una carta del bol-

sillo, sonrioso al abrirla con la ternura con que se sonríe el amante á la vista de la mujer que adora, y se puso á leerla en voz baja por la vigésima vez.

—Este Rossi sabe hacer los negocios perfectamente—dijo luego que acabó la carta.—Lo que siento es que en lugar de cincuenta, no haya pedido cien mil, porque entonces nos hubieran tocado cincuenta mil á cada uno! ¡Buena bocada....! Pero, en fin, ya que así no ha sido, contentémonos con los veintieino, que con ellos y lo que he ganado, merced al favor de mi generoso y eréculo amigo Guerrero, que pronto estará en mi poder, podré vivir en Italia con el fausto de un gran príncipe.

Y al hablar así, brillaba en la fisonomía de Picaluga un aire de placer y de satisfacción, como si hubiera acariciado en su mente la idea mas filantrópica del mundo.

Luego volvió á fijar la vista en el papel que tenia en la mano, y se detenía en cada uno de sus caracteres, como una madre ante la dulce sonrisa del hijo que duerme en

la cuna; y en cada palabra su sonrisa se prolongaba de una manera admirable, y sus ojos brillaban con el júbilo con que brillan los del avaro al contemplar el tesoro que posee.

De repente oyó pasos en la escalera, y guardó la carta, recobrando su habitual seriedad.

El que entraba era Gioberti que, arrasado por la curiosidad de saber si en efecto, se ocultaba algún misterio en el convite que estaba preparado, se dirigía á ver si descubría algo en la fisonomía y las palabras del capitán.

—¿Qué traes, Gioberti?

Dijo Picaluga, disgustado de que fueran á interrumpirle su dolorado soliloquio.

—Nada, sino prevenirle á vd. de que hay un marinero que murmura de cuanto se hace hoy á bordo, extendiéndose hasta sospechar....

Y el malicioso marinero fijó la vista en el semblante de su capitán, para ver el efecto que producían sus palabras.

Picaluga sintió un sacudimiento interno;

pero su semblante se mantuvo inalterable y frío, como esos volcanes que ostentan un exterior nevado y siempre terso, en tanto que abrasa la ardiente lava su profunda cima.

Gioberti, pues, nada pudo leer en la fisonomía del capitán.

Este, disimulando su sorpresa, pero inquieto con aquella noticia, preguntó con severidad.

—¿Y ese desgraciado marinero, qué es lo que sospecha?....

—Sospecha....—contestó Gioberti con timidez, pero sin abandonar su exámen— que se tiende un lazo....

—¿A quién? acaba.

Dijo haciendo un esfuerzo para disimular el terror de que estaba dominado.

—Al general Guerrero.

Pronunció Gioberti de repente, fijando sus ojos vivos y escudriñadores en el rostro de Picaluga. Pero el capitán, que sorprendió aquella mirada, conoció todo lo que importaba disimular; así es que sin dejar entrever el más ligero sobresalto, exclamó

con el acento de la mayor indignacion, que acabó de convencer de su inocencia á Gioberti.

—Y ¿quién es ese infame que se atreve á calumniar su capitan hasta el grado de ereerle un segundo Júdas, para vender á su mejor amigo?

—Toda la tripulacion, excepto una persona, es compatriota de su capitan, y fiel servidora suya.

—¿Luego el impostor, es el mexicano Martinez?

—El mismo, señor capitan, y que hace un instante le pidió á vd. licencia para ir á tierra.

Este recuerdo hizo palidecer á Picaluga, que comprendió la intencion de Martinez.

Gioberti no sorprendió esta mutacion operada en el semblante de su capitan.

—¿Y ha marchado ya?

Preguntó con la mayor ansiedad Picaluga.

—No señor, pero no debe tardar en salir.

—Corra vd. inmediatamente á decir al contra maestro que le ponga preso ahora

mismo en su camarote, sin que le deje comunicar con nadie.

—Está muy bien.

—Corra vd.

—Voy al instante, señor capitan.

Gioberti salió á comunicar al contra maestre la órden del capitan, y Martinez fué conducido inmediatamente preso al camarote de proa.

—¿Me habré descuidado en dejar en alguna parte mi carta?—Reflexionó Picaluga al verse solo.—No: yo no la he sacado mas que para leerla. Pero ¿cómo ha podido sospechar?.... Nadie mas que Rossi y yo sabemos este secreto.... ¿Se lo habrá comunicado él?.... ¡Ca!.... ¡imposible!.... meras conjeturas y nada mas. ¡Ah! nada tengo que temer—volvió á decir mas tranquilo y sonriéndose.—Sin embargo, el general tarda.... Si llegase tambien á sospechar.... y el rostro de Picaluga marcó la inquietud mas profunda.—Vamos, ¡vanas quimeras!.... añadió interrumpiéndose y queriendo desvauecer sus temores—y sin embargo....

Picaluga miró el reloj, y se puso pálido.

—¡Ha trascurrido media hora mas!....  
¡Ah!.... esta inquietud es espantosa!....

Y gruesas gotas de sudor frio bañaban la frente del marino que llevaba de continuo el pañuelo al rostro para secarse.

—Señor capitán—gritó el contramaestre desde arriba, introduciendo la cabeza por la escotilla—ahí llega ya el general Guerrero con sus ayudantes.

El pecho de Picaluga respiró libremente al escuchar aquellas palabras: la sangre volvió á circular con regularidad por sus venas: sus ojos brillaron de alegría, y en un salto subió la escalera y se puso sobre cubierta.

El general Guerrero entraba en aquel instante acompañado de algunos oficiales de su mayor aprecio.

—Amigo mio—dijo dirigiéndose á Picaluga, y tendiéndole la mano con la mayor cordialidad:—le suplico á vd. me disimule el haberle hecho esperar á pesar mio.

—Nada de eso, mi general;—contestó Picaluga:—lo que yo debo hacer es darle

las gracias por la honra que me dispensa visitando mi buque. Pero tenga vd. la bondad de bajar á la cámara, porque aquí sobre cubierta, se deja sentir horriblemente el calor del sol.

—Sí, bajemos.

Contestó Guerrero: y saludando con afabilidad á los marineros, se dirigió á la cámara, acompañado de Picaluga, y seguido de sus ayudantes.

—Tiene vd. una cámara bonita y capaz, capitán—dijo Guerrero, examinando minuciosamente lo que le rodeaba—buenos cuartos, excelente luz, limpias camas.... vamos, nada falta aquí á la comodidad del pasajero ó del marino.

—Sí, mi general: he procurado no descuidar ninguna de aquellas comodidades que puedan contribuir á hacer menos penosa la navegacion.

—Eso es obrar con prudencia y como franco marino.

Picaluga inclinó la cabeza en señal de gracias, y en seguida, le suplicó se sentase á la mesa.